

**SANTÍSIMO CUERPO Y SANGRE DE CRISTO (B)**  
**Homilía del P. Josep M. Soler, abad de Montserrat**  
**14 de junio de 2009**  
**Mc 14, 12-16, 22-26**

*Haced esto en memoria mía* (Lc 22, 19). La Iglesia continúa cumpliendo este mandato que el Señor Jesús, en su *última cena pascual*, dio a sus discípulos. Acabamos de escuchar, queridos hermanos y hermanas, la narración que hace el evangelio de san Marcos de este mandato. Tal como hemos escuchado, el evangelista explica con detalle todos los gestos de Jesús: *tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió, se lo dio y dijo: "tomad, esto es mi cuerpo"*. Luego, el evangelista hace lo mismo con todo lo referente al cáliz: *lo cogió, dijo la acción de gracias, se lo dio y todos bebieron, y les dijo "ésta es mi sangre"*. Paso a paso, pues, nos dice qué hizo y qué dijo Jesús. Y nosotros, cuando, en la plegaria eucarística, hacemos *el memorial*, también repetimos estos mismos gestos y estas mismas palabras, que para nosotros son entrañables y llenos de significación. Vemos cómo Jesús hace suyos *el pan* y *el vino*, que son "fruto de la tierra y del trabajo de los hombres", y los da, ya transformados en sí mismo, a los discípulos. Es el amor más grande en la entrega más generosa.

*Haced esto en memoria mía*. La repetición que hace la Iglesia no es simplemente un recuerdo de aquella cena, ni una representación mimética, sino actualización del don sacrificial que Jesús llevó a cabo. Sus palabras y sus gestos lo dejan bien claro: *el pan* que tomó para hacérselo suyo y sobre el cual dijo la bendición es *el cuerpo* dado en favor nuestro, y el vino contenido en el *cáliz* es *la sangre de la alianza, derramada por todos los hombres*, por toda la humanidad. Sin embargo, la repetición de lo que hizo Jesús no sólo es volver a hacer presente la ofrenda de sí mismo hecha en el pasado, sino que es, también, anticipación del futuro, del banquete fraterno y festivo del Reino: *Os aseguro que no volveré a beber del fruto de la vid hasta el día que beba el vino nuevo en el reino de Dios*, decía Jesús en el evangelio de hoy. Debido a esta doble significación, de don sacrificial de salvación y de anticipación del festín futuro en la presencia de Dios y en la comunión de los santos, la liturgia de la Iglesia rodea la celebración del *memorial* del Señor de un contenido simbólico y festivo que nos remite a la realidad divina que se hace presente al actualizar *la alianza* nueva y eterna. La iglesia quiere que la belleza y la armonía de la celebración expresen la belleza de la comunión con Dios y con los hermanos, despertando en el corazón humano el encanto y el deseo de encontrarse con el Señor resucitado (cf. "*Via pulchritudinis*", *camino de evangelización y de diálogo*, por el Pontificio Consejo de la Cultura, 3, c).

*Haced esto en memoria mía*. Jesús hace suyos *el pan* y *el vino* que le presentamos y sobre los cuales, en la oración de *acción de gracias*, invocamos al Espíritu Santo para que se conviertan en el Cuerpo y la Sangre del Señor. Después, por el ministerio de la Iglesia, *el pan* es partido y el cáliz es distribuido. Así se significa que se trata del Cuerpo sacrificado y la Sangre derramada del verdadero Cordero pascual que se da en favor de todos, por la salvación del mundo. Recibiéndolos, comulgamos con el Misterio de Cristo, muerto y resucitado, hasta que vuelva (cf. 1Cor 11, 26). Él se nos da para comunicarnos su fuerza, para establecer un diálogo personal e íntimo con cada uno, para darnos su vida inmortal y identificarnos con él y con sus sentimientos. La conciencia de esta realidad nos debe hacer agradecidos y nos debe llevar a la adoración de su presencia gloriosa, de Dios y hombre, en el sacramento, tal como nos invita a hacer la solemnidad de Corpus que hoy celebramos.

*Haced esto en memoria mía*. El pan es partido y repartido porque es el pan de la unidad, de manera que participando todos formemos el cuerpo eclesial de Cristo. Por ello, recibirlo comporta la exigencia de comunión fraterna y de solidaridad

compartiendo los bienes materiales. Ya desde los inicios apostólicos de la Iglesia se ha insistido fuertemente en esta consecuencia de la celebración de la Eucaristía: la comunión con los Santos Dones exige el amor fraterno. Y no un amor indefinido y desencarnado, sino un amor concreto hacia las personas que pasan algún tipo u otro de necesidad. Por eso, consciente de que el Señor se identifica con ellos de una manera particular, la Iglesia dedica el día de Corpus -el día en que agradecemos y adoramos la presencia del Señor resucitado en el Sacramento eucarístico -- al amor fraterno y nos invita a hacer gestos concretos de ayuda. En el contexto de la crisis económica, y cuando cada día nos llegan noticias del creciente número de personas carentes, también en nuestro país, de lo más elemental para vivir con la dignidad que les corresponde, debemos ser coherentes y honrar el Sacramento eucarístico del Señor junto con los sacramentos de él que son también los hermanos y hermanas en humanidad. La generosidad divina que se manifiesta en la Eucaristía pone en evidencia nuestro egoísmo y nos estimula a amar más y servir más.

*Haced esto en memoria mía.* En la contemplación de la simplicidad de los Santos Dones Eucarísticos, anticipamos en la fe la visión del Cristo glorioso y, al compartirlos con todas sus exigencias de solidaridad, anticipamos también la comunión fraterna del Reino. Vivámoslo con alegría, en comunión con la alegría de Jesucristo al darse a nosotros como curación, como vida de nuestra vida, como fermento de unidad, como fuente de inmortalidad. Vivamos todo esto esperando en la fe el encuentro festivo en el que el Señor resucitado beberá con nosotros el vino *nuevo en el Reino de Dios*.